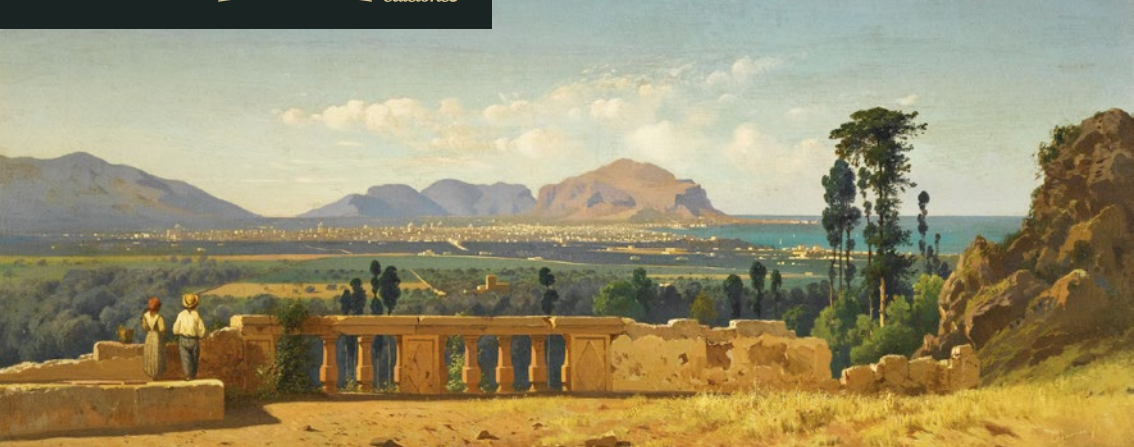


POSFACIO
DE D.H. LAWRENCE

HISTORIAS SIGLICAS GIOVANNI VERGA

TRADUCCIÓN
DE PALOMA ALONSO

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones





GIOVANNI VERGA

(CATANIA 1840-1922)

Escritor y dramaturgo siciliano fue el máximo representante de la corriente verista italiana. Comenzó a escribir muy joven y fundó y dirigió varios medios. Vivió durante algunos años en Florencia y Milán, donde publicó algunas de sus obras y frecuentó los escenarios más creativos del momento. En 1878 vuelve a Catania donde escribe una serie de relatos cortos ambientados en los paisajes, las situaciones y los conflictos que conoció de joven en el ambiente rural de la isla donde creció. Inicialmente se recopilaron en dos volúmenes: *Vida en los campos*, publicado en 1880 y tres años más tarde, *Relatos rústicos*, reunidos en su mayor parte en esta edición bajo el título de *Historias sicilianas*. Entre sus novelas más importantes destacan *Los Malavoglia* y *Maestro don Gesualdo*. También adaptó y escribió diversas piezas teatrales y su drama corto, *Cavalleria rusticana*, fue llevado más tarde a la ópera con gran éxito.

Luchino Visconti dirigió en 1948 *La terra trema*, inspirada en *Los Malavoglia*, y en 1993, Zefirelli llevó a las pantallas *Storia di una capenera*. Otros relatos como *Pelirrojo melpelo* o *La loba*, que se incluyen en este volumen, también fueron llevados al cine.

COLECCIÓN VIAJES LITERARIOS N°3

HISTORIAS SICILIANAS

GIOVANNI VERGA



Título original: *Vita dei campi y Novelle rusticane*

Título de esta edición: *Historias sicilianas*

Primera edición en La Línea del Horizonte Ediciones: noviembre de 2017

© de esta edición: La Línea del Horizonte Ediciones

www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© de la traducción y el texto de introducción: Paloma Alonso Alberti

De la maquetación y el diseño gráfico:

© Víctor Montalbán | Montalbán Estudio gráfico

© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito legal: M-28988-2017 | ISBN: 978-84-15958-73-4

IBIC: FC; 1DSTC

Imprime: Estugraf | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

— *Prólogo* —

GIOVANNI VERGA
Y EL RELATO UNITARIO

Por PALOMA ALBERTI

11

VIDA EN LOS CAMPOS

Cavalleria rusticana | 19

La loba | 27

Capricho | 33

Jeli el pastor | 41

Pelirrojo Mal Pelo | 78

La amante de Malahierba | 95

Guerra de santos | 103

Ollagorda | 114

RELATOS RÚSTICOS

Qué es un Rey | 123

Don Licciu Papa | 131

El misterio | 138

Malaria | 146

El patrimonio | 155

Historia del asno de san José | 162

Pan moreno | 176

Libertad | 209

Al otro lado del mar | 217

— *Posfacio* —

SOBRE GIOVANNI VERGA

Por D.H. LAWRENCE

229

**HISTORIAS
SICILIANAS**

GIOVANNI
VERGA

— Prólogo —

GIOVANNI VERGA Y EL RELATO UNITARIO

Es el relato uno de los géneros literarios más difíciles de definir, quizás porque hasta el siglo XIX no adquiere una auténtica dimensión literaria y ha sido por eso poco estudiado. Sin embargo, a pesar de su corta existencia, ha demostrado un gran dinamismo y una inmensa capacidad para experimentar nuevos hallazgos estéticos. Para Edgar Allan Poe, la totalidad o unidad de efecto es su característica más importante y esta se consigue manteniendo la tensión interna y no aumentando la extensión. Colocándolo en el mismo plano que la música, cuya interrupción hace perder su capacidad de efecto, Poe, en su *Filosofía de la composición* (1846), aboga por limitarlo a una sola sesión de lectura, pues la extensión y la intensidad del efecto que provoca se hallan en relación matemática, con la única salvedad de que para conseguir cualquier efecto es requisito indispensable un cierto grado de duración.

Articula, por tanto, la praxis poética alrededor de dos elementos clave: un plan preconcebido y un efecto hacia el que orientar la producción. La novela, sin embargo, se construye integrando unidades inferiores o narraciones breves en una arquitectura superior artificial que les da sentido y las explica. El relato breve es, por tanto, más *natural*, más moldeable que la novela.

Suscribiendo las palabras de Francisco Umbral «es el género que mejor se corresponde con el estado de conciencia del hombre de hoy» y ha conseguido una posición de vanguardia autónoma, insertándose en la literatura y adquiriendo vida propia.

Si algo podemos decir de los relatos de Verga es que, adoptando los principios de Poe, consiguen funcionar como una unidad de efecto perfectamente urdido y sorprenden al lector causándole un verdadero impacto. Para Romano Luperini, uno de los máximos exponentes de la crítica literaria italiana, es precisamente el verismo de Verga, no el naturalismo de Zola, el que marca el inicio del relato moderno. Haciendo suyo el principio teórico de la «impersonalidad» de Flaubert, Verga apuesta por ser un artista invisible que se perciba en la obra, pero que no se vea. Para ello perfecciona su principal recurso estilístico, el llamado discurso indirecto libre, es decir, hace entrar la palabra y la opinión de los personajes en la diégesis del autor, acabando con el narrador omnisciente y reinterpretando el relato como género de forma magistral. Así lo expone en el prefacio teórico, tantas veces citado, de *La amante de Malahierba*, perteneciente a *Vida en los Campos* (1880), en el que declara su intención de utilizar las palabras sencillas y pintorescas de la narración popular para transmitir el hecho desnudo. Esta puesta en práctica de la «impersonalidad» hace de sus relatos un punto de referencia crucial en la tradición literaria italiana.

La actividad literaria de Verga dedicada a la narración breve hay que contextualizarla en el marco de su colaboración con revistas y periódicos, que requerían escritos breves. Corría el año 1872 y la unificación de Italia ya se había producido. El escenario es Milán, centro de la expansión editorial moderna que pone su atención en la divulgación de publicaciones periódicas, almana-

ques y revistas en las que la narración breve autoconclusiva va a encontrar su espacio entre el gran público junto a los folletines por entregas y las novelas divididas en capítulos siguiendo la lógica del suspense. Verga, empujado por razones económicas, se estrena con temas seductores y mundanos, de los que son ejemplo la publicación en 1882 de *El marido de Elena* y dos años después de *Dramas íntimos*. Esta inmersión inicial en un género considerado por aquel entonces de categoría menor es, sin duda, singular para uno de los máximos exponentes de la novela del XIX. El periodo de «prácticas» culmina primero con *Vida en los campos*, publicado en 1880, que reúne relatos que habían sido publicados con anterioridad en revistas y, posteriormente, con *Relatos rústicos*, dos de sus mejores obras.

Verga recrea en sus páginas el mundo popular siciliano tratando de no caer en la posición de superioridad del docto y el literato, pero tampoco en una mimetización excesiva con los protagonistas humildes de sus historias. Este objetivo no es solo estilístico, sino también ideológico, desde el momento en que contar al público milanés la Sicilia más ancestral significa poner de manifiesto los logros del Progreso, mito de la corriente filosófica del Positivismo; una corriente o riada que el autor llamó *Marea*, pues arrastraría a todos aquellos que se opusiesen a ella.

De las dos recopilaciones de relatos, es *Vida en los campos* la que consigue un mayor efecto unitario, manteniendo una tensión interna que arrolla a sus personajes y con ellos al lector, mientras que la historia queda relegada a un segundo plano. En *Relatos rústicos* pone, sin embargo, el acento en presentar una situación cuyas causas quiere explicar desde una perspectiva más positivista y lo hace recurriendo a menudo a escenas retrospectivas que alteran la secuencia cronológica de la historia.

VIDA EN LOS CAMPOS

CAVALLERIA RUSTICANA¹

Turiddu Macca, el hijo de la señá Nunzia, acababa de regresar del ejército y todos los domingos se pavoneaba en público con el uniforme de infantería² y la gorra roja, que parecía de esas que llevan los adivinos cuando montan su puesto con la jaula de canarios. Las muchachas se lo comían con los ojos, cuando iban a misa cubriéndose la nariz con la mantilla, rodeadas de pilluelos que les rondaban como moscas. Llevaba también una pipa con el rey a caballo, que parecía vivo, y encendía las cerillas en la parte trasera de los pantalones, levantando la pierna, como si fuese a dar un puntapié.

Pero a pesar de todo, Lola, la hija de don Angelo, el aparcero, no se había dejado ver ni en misa, ni en el balcón, porque se había casado con uno de Licodia, que era carretero y tenía cuatro mulos de Sortino en el establo. Turiddu, en cuanto se enteró, ¡santo diablo!, sintió ganas de destriparlo y sacarle los intestinos a ese tipo de Licodia, sí, ¡eso quería! Pero no hizo nada, y se desahogó yendo a cantar bajo la ventana de la hermosa muchacha todas las canciones de despecho que conocía.

—¿Es que Turiddu, el hijo de la señá Nunzia, no tiene otra cosa que hacer —decían los vecinos— que pasar la noche cantando como un pájaro solitario?

1 *Cavalleria rusticana* (*Caballerosidad pueblerina*) es el título original en italiano de este relato, en el que se inspiró la ópera del mismo nombre de Pietro Mascagni, estrenada el 17 de mayo de 1890 en el Teatro Costanzi de Roma.

2 En el original: «bersagliere», perteneciente al cuerpo especial de infantería que se constituyó en 1836.

Por fin se topó con Lola que regresaba de su peregrinaje a la Virgen de los Peligros y al verlo, lejos de palidecer o ruborizarse, hizo como si no fuera con ella.

—¡Dichosos los ojos que la ven! —le dijo.

—¡Ah! Compadre Turiddu, me dijeron que había regresado a primeros de mes.

—¡A mí también me han dicho ciertas cosas! —respondió él—. ¿Es verdad que se ha casado con compadre Alfio, el carretero?

—Esa fue la voluntad de Dios... —respondió Lola tirando de las dos puntas del pañuelo bajo el mentón.

—¡La voluntad de Dios la moldea usted con el tira y afloja según le conviene! ¡Y la voluntad de Dios ha sido que yo regresara, desde tan lejos, para encontrarme con esta bonita noticia, señá Lola!

El pobre hombre trataba de sobreponerse, pero tenía la voz quebrada. Caminaba detrás de la muchacha bamboleándose, con la borla de la gorra bailando sobre sus hombros de un lado a otro. En conciencia, ella sentía verlo así, con aquella cara larga, pero no tenía corazón para halagarlo con palabras bonitas.

—Escuche, compadre Turiddu —le dijo al fin—, déjeme alcanzar a mis compañeras. ¿Qué dirían en el pueblo si me viesen con usted...?

—Así debe ser —respondió Turiddu—, ahora que está casada con compadre Alfio, que tiene cuatro mulos en el establo, no conviene dar que hablar a la gente. Sin embargo, mi madre, mientras estuve en el ejército, tuvo que vender nuestra mula baya y el pedacito de viña del camino. ¡Qué tiempos aquellos³! Y usted ya no

3 En el original: «Passò quel tempo che Berta filava...». En esta expresión, Berta hace referencia a Bertrada, la madre de Carlomagno, e indica una época, no solo muy remota, sino también acabada.

se acuerda de cuando nos hablábamos por la ventana del patio y me regaló aquel pañuelo antes de partir, en el que solo Dios sabe cuántas lágrimas derramé al marcharme, tan lejos que hasta el nombre de nuestro pueblo era desconocido. Ahora adiós, señá Lola, *facemu cunttu ca chioppi e scampau, e la nostra amicizia finiu*⁴.

La señá Lola se había casado con el carretero y los domingos salía al balcón con las manos apoyadas en su regazo, para que todos vieses los gruesos anillos de oro que le regalaba su marido. Turiddu pasaba, y volvía a pasar por la callejuela, con la pipa en la boca y las manos en los bolsillos, con aire de indiferencia y echando miradas a las muchachas, pero por dentro le corroía que el marido de Lola tuviese todo aquel oro y que ella hiciera como si no lo viese cuando él pasaba.

—¡Se la voy a jugar en sus propios ojos a esa perra! —refunfuñaba.

Frente a compadre Alfio, vivía don Cola, un viticultor, rico como un cerdo, que tenía una hija todavía en casa. Turiddu, tanto se desvivió y tanto insistió que consiguió que Cola lo cogiera de guardés, y empezó a pulular por la casa y a decirle palabras dulces a la muchacha.

—¿Por qué no va usted a decirle estas cosas bonitas a la señá Lola? —respondía Santa.

—¡La señá Lola es una señorona! ¡La señá Lola ya se ha casado con un rey de corona!

—Yo no me merezco reyes coronados.

—Usted vale por cien Lolas, y yo me sé de uno que no miraría a la señá Lola, ni a su santo, teniéndole a usted delante, pues la señá

⁴ En dialecto siciliano, significa «hagámonos cuentas de que llovió y escampó, y nuestra amistad se acabó».

Lola no le llega a usted ni a la suela de los zapatos, ¡qué le va a llegar!

—La zorra cuando no puede alcanzar la uva...

—Dijo: ¡qué guapa eres, uvita mía!

—¡Eh! ¡Esas manos, compadre Turiddu!

—¿Tiene usted miedo de que la coma?

—Miedo no le tengo ni a usted, ni a su Dios.

—¡Eh! ¡Su madre era de Licodia, ya sé! ¡Tiene usted la sangre caliente! ¡Ay! ¡Me la comería con los ojos!

—Cómame con los ojos si quiere, que migas no van a quedar, pero mientras tanto levánteme ese fajo.

—¡Por usted levantaría la casa entera! ¡Vaya que si la levantaría!

Ella, para no ruborizarse, le lanzó un palo que tenía a mano, y no le alcanzó de puro milagro.

—Vamos a darnos prisa, que a base de chácharas no se hacinan sarmientos.

—Si fuera rico, me gustaría encontrar una mujer como usted, señá Santa.

—Yo no me casaré con un rey coronado como señá Lola, pero mi dote la tengo también, para cuando el Señor me mande a alguien.

—¡Ya sé! ¡Ya sé que es rica!

—Si lo sabe dese prisa, que mi padre está al llegar, y no quisiera que me encontrase en la era.

Su padre empezaba a torcer el morro, pero la muchacha hacía como si no se diera cuenta, porque la borla de la gorra del soldado le había hecho cosquillas en el corazón y le bailaba siempre ante sus ojos. En cuanto el padre cerraba la puerta al marcharse Turiddu, la hija le abría la ventana y charlaba con él todas las noches, hasta el punto de que en el vecindario no se hablaba de otra cosa.

RELATOS RÚSTICOS

QUÉ ES UN REY

Compadre Cosimo, el literero, organizó a sus mulas, extendió los ronzales para la noche, colocó un poco de paja a los pies de la mula baya, que había resbalado dos veces en los guijarros húmedos de los senderos de Grammichele, debido a la fuerte lluvia que había caído, y fue a apostarse a la puerta del establo, con las manos en los bolsillos, bostezando a la cara de la gente que había ido para ver al Rey. Había un ir y venir por las calles de Caltagirone que parecía la Fiesta de San Jacobo, pero tenía el oído atento y no perdía de vista a los animales, que roían la cebada lentamente para que no se la robasen.

Justo en aquel momento fueron a decirle que el Rey quería hablar con él. Realmente no era el Rey el que quería hablar con él, porque el Rey no habla con nadie, sino uno de esos por cuya boca suele hablar el Rey cuando tiene algo que decir. Le dijo que Su Majestad requería su litera, al día siguiente por la mañana para ir a Catania y, como no quería deberle favores al obispo, ni al vicegobernador, prefería pagar de su bolsillo, como cualquiera.

Compadre Cosimo podía estar contento, porque era literero de oficio y en aquel preciso momento estaba esperando que viniese alguien a alquilar su litera, además el Rey no era de los que se ponían a escatimar por un real de más o de menos, como otros muchos. Pero habría preferido volverse a Grammichele de vacío y le fastidiaba tener que llevar al Rey en la litera, así que la fiesta se le tornó en veneno solo de pensarlo y no pudo seguir disfrutando de la luminaria, la banda que tocaba en la plaza, la carroza triunfal que daba vueltas por las calles con el retrato del Rey y la Reina,

la iglesia de San Jacobo toda iluminada, escupiendo llamas con el Santísimo expuesto, ni de si tocaban las campanas por el Rey.

Es más, según la fiesta se iba haciendo más grande, más crecía en su cuerpo el miedo de tener que llevar al Rey justamente en su litera, y todos aquellos cohetes, la muchedumbre, la luminaria y el repique de campanas los sentía dentro de su estómago y no le dejaron pegar ojo en toda la noche, que pasó examinando las herraduras de la mula baya, almohazando las mulas y embutiéndolas de cebada hasta la garganta, para meterles vigor, como si el Rey pesase el doble que los demás. El establo estaba lleno de soldados de caballería, con los espolones en los pies que no se los quitaban ni para echarse a dormir en los bancos, y en los clavos de los pilares había tantos sables y pistolas colgados que el pobre tío Cosimo tenía miedo de que le cortasen con ellos la cabeza, si por desgracia una mula resbalaba en los guijarros húmedos del camino mientras llevaba al Rey, además justo aquellos días había caído tanta agua del cielo que la gente debía de estar rabiosa de ver al Rey emprender el viaje a Caltagirone con aquel mal tiempo. Habría preferido, Dios lo sabía, estar en aquel momento en su casucha, donde las mulas estaban hacinadas en el establo, pero las podía oír royendo la cebada desde la cabecera de su cama y habría dado aquellas dos onzas que le iba a pagar el Rey con tal de estar en su lecho, con la puerta cerrada, y observar con la nariz bajo las mantas a su mujer trajinando con la lámpara en la mano y ordenando la casa para la noche.

Al alba, lo sacó de un brinco de aquel duermevela la trompeta de los soldados que tocaba como un gallo que conoce las horas revolucionando a todo el establo. Los carreteros levantaron la cabeza de la albarda que hacía de almohada, los perros ladraron y la posadera se asomó al henil somnolienta, rascándose la cabeza. Todavía estaba oscuro, como a media noche, pero la gente iba y

venía por las calles como si fuera la noche de Navidad. Los vendedores ambulantes junto al fuego, con las lamparillas de papel delante, golpeaban los cuchillos en los mostradores para vender el turrón. ¡Ah, cómo debía de disfrutar de la fiesta toda aquella gente que compraba el turrón y se arrastraba somnolienta por las calles esperando al Rey y cómo miraban pasar la litera con los cascabeles y las borlas de lana, abriendo los ojos de par en par y sintiendo envidia de compadre Cosimo, que iba a tener al Rey en sus narices, mientras hasta entonces ninguno había tenido esa suerte, a pesar de que la muchedumbre llevaba cuarenta y ocho horas en la calle, día y noche, con el agua cayendo a jarros!

La iglesia de San Jacobo escupía todavía fuego y llamas sobre la escalinata interminable, esperando al Rey para desearle un buen viaje, y repicaban las campanas para decirle que era hora de partir. ¿Es que nunca iban a apagar aquellas luces? ¿Es que aquel sacristán tenía el brazo de hierro para poder lograr que las campanas repicasen día y noche? Mientras tanto, en la llanura de San Jacobo, comenzaba a rayar el alba color ceniza y el valle era todo un mar de niebla. Sin embargo, la muchedumbre se apiñaba como las moscas con la nariz en el abrigo y en cuanto vieron llegar la litera se echaron encima, sofocando a compadre Cosimo y a sus mulas, pensando que el Rey iba dentro. Pero el Rey se hizo esperar aún mucho tiempo. Quizás en aquel momento se estaba calzando los pantalones o se estaba tomando su copita de aguardiente para aclararse la garganta, que a compadre Cosimo se le había pasado aquella mañana de tal nudo que sentía en la garganta. Una hora después llegó la caballería con los sables desenvainados y abrieron paso. Detrás de la caballería una ola de gente inundaba la calle, seguida de la banda, de los caballeros y de señoras ensombreradas con la nariz roja de frío. Acudían incluso los vendedores ambu-

lantes, con los banquillos en la cabeza, a montar el puesto para tratar de vender un poco más de turrón, hasta el punto de que en la gran plaza no cabía un alfiler más. Las mulas, si no llega a ser por la caballería que iba abriendo paso, no podían ni sacudirse las moscas y encima la caballería llevaba la típica nube de moscas que asustan a las mulas de las literas, así que compadre Cosimo se encomendaba a Dios y a las almas del Purgatorio cada vez que atrapaba una bajo la panza de sus animales.

Al fin se oyeron redoblar las campanas, como si hubiesen enloquecido, y los morteros que disparaban en honor a los Reyes. Llegó corriendo otra riada de gente y se vio aparecer la carroza del Rey que, en medio de la muchedumbre, parecía flotar sobre las cabezas. Entonces tocaron las trompetas y los tambores y volvieron a disparar los morteros que hicieron que las mulas, Dios nos libre, estuvieran a punto de romper los arneses y todo lo que había alrededor, lanzando coces. Los soldados desenvainaron los sables, que habían metido de nuevo en su funda, y la muchedumbre se echó a gritar: «¡La reina, la reina! ¡Es esa pequeñita que va ahí, al lado de su marido! ¡No parece verdad!».

El Rey, sin embargo, era un buen ejemplar, grande y fuerte, con los pantalones rojos y el sable colgado sobre su tripa. Llevaba detrás al obispo, el alcalde, el vicegobernador y un enjambre de caballeros, con guantes y pañuelo blanco al cuello, vestidos de negro, que parecía que llevaban la tarántula en los huesos con aquella tramontana que barría la niebla de la llanura de San Jacobo. El Rey esta vez, antes de montar a caballo, mientras su mujer entraba en la litera, hablaba con unos y otros, como si no fuera con él, y pegándose a compadre Cosimo le dio una palmadita en el hombro y le dijo así con su acento napolitano: «¡Recuerda que llevas a tu Reina!». Compadre Cosimo sintió como las piernas se le

— Posfacio —

SOBRE GIOVANNI VERGA

Giovanni Verga, el novelista y dramaturgo siciliano es, sin duda, el mayor escritor italiano de ficción, después de Manzoni.

Verga nació en Catania, Sicilia, en 1840 y murió en la misma ciudad a la edad de ochenta y dos años en enero de 1922. De joven abandonó Sicilia para dedicarse a la literatura y relacionarse con la sociedad intelectual de Florencia y Milán, dos ciudades, especialmente la última, que reclamarán gran parte de sus años de madurez. Volvió, sin embargo, a su amada Sicilia, a Catania, el puerto marítimo del Etna, para seguir siendo, de nuevo, más siciliano que los propios sicilianos, y pasar sus últimos años en su lugar de origen.

El primer periodo de su actividad literaria está influenciado por la sociedad mundana y el amor galante. A este momento pertenecen sus novelas *Eros*, *Eva*, *Tigre Real*, o *El marido de Elena*, verdaderas novelas italianas sobre amor, intriga, y vida social, algo insípidas pero con cierta carga de profundidad. Su fama, sin embargo, se asienta en sus obras sicilianas, sus dos novelas, *Los Malavoglia* y *Maestro don Gesualdo*, y en los diversos volúmenes de historias cortas, *Vida en los campos* (*Cavalleria Rusticana*), *Relatos rústicos* y *Vagabundeo*, este último un breve volumen de cartas entre dos colegialas, algo sentimental y muy popular.

COLECCIÓN
VIAJES LITERARIOS

*Rutas literarias por los escenarios reales
o imaginados de los más atractivos
escritores y viajeros.*

CL#1

El Oriente de Joseph Conrad

SALVADOR SEDILES

CL#2

Paseos por Londres

VIRGINIA WOOLF

CL#3

Historias sicilianas

GIOVANNI VERGA



HISTORIAS SICILIANAS

GIOVANNI VERGA

Considerado como uno de los grandes autores italianos, el siciliano Verga dibuja en estas páginas un fresco insuperable de la vida en la isla a finales del siglo XIX. Sus breves historias tienen la transparencia de los acontecimientos que brotan de su aislado universo rural y se muestran atentas al sonido de las cosas. Un lenguaje escueto, pero de gélida ironía, penetra en el corazón del drama hasta toparse con la dureza del trágico destino de sus habitantes. A mitad del XIX, Sicilia era uno de los lugares más míseros de Europa, pero Verga no esconde la fricción de la lucha de clases, la brutalidad de las relaciones entre hombres y mujeres, el molde arcaico de sus tradiciones y la servidumbre implacable a un medio hostil.

Estos relatos constituyen la obra maestra del gran autor siciliano en formato breve y, junto a sus novelas más conocidas, ejercieron una influencia directa en el cine neorrealista, de Visconti o Rossellini hasta Pasolini. D.H. Lawrence los consideraba tan magistrales como los cuentos de Chéjov y tradujo algunos para el público anglosajón. El hechizo vergiano alcanzó a escritores posteriores como Pirandello, D'Annunzio o Lampedusa y su eco aún se hará notar en narradores autóctonos más tardíos, desde Bufalino, a Consolo o Camilleri. Con espléndida traducción e introducción de Paloma Alonso recuperamos esta obra de referencia en la tradición literaria italiana.

*En estas páginas hay algunas de las mejores historias
que se han escrito jamás.*

D.H. LAWRENCE

*Tiene ese aire de esencialidad, de totalidad,
de libre exuberancia e infinitas inflexiones y matices,
propias de la magnífica y emocionante vitalidad
de la literatura con mayúsculas.*

THE NEW YORK TIMES

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ISBN: 978-84-15958-73-4

